

RODONIANAS

Algo más que un parque

ESCRITO POR: Ana Inés Larre Borges

Gustavo San Román, investigador uruguayo radicado en Escocia, resultó el ganador del concurso internacional José Enrique Rodó, con un trabajo sobre la "Influencia y actualidad del pensamiento de José Enrique Rodó".* Brecha interrogó a San Román sobre la vigencia de Rodó.

—Rodó parece más olvidado en Uruguay que en otros países de América donde reivindican el mensaje de Ariel. La generación del 45 que tan influyente ha sido, tal vez salvo Real de Azúa y en parte Rodríguez Monegal, fue más bien anti rodoniana ¿Cuál es la vigencia de Rodó?

—Estoy de acuerdo con la primera aseveración: Rodó está olvidado en Uruguay, donde salvo unos pocos especialistas, no se lo lee, y como hace años que no se lo estudia en primaria o secundaria, la mayoría de la gente menor de, digamos, 50, lo relaciona sobre todo con el parque homónimo. No creo que ocurra algo distinto en el resto de América en este sentido, aunque la marca que dejó Rodó entre los intelectuales de fuera del país es la mayor de cualquier intelectual uruguayo de la historia. En cuanto a los veteranos del resto de América, habrá con seguridad algunos, pocos, que como sus coetáneos uruguayos, recuerdan alguna parábola o algún trozo de Ariel. Respecto a la segunda parte de la pregunta, mi impresión es la contraria: pienso que la generación del 45 fue casi unánimemente rodoniana. Sus grandes pensadores lo fueron sin duda: Arturo Ardao podría calificarse sin más como arielista, aunque sus trabajos fueron mucho más sutiles e informados que los de la mayoría de los representantes originales de ese movimiento de los años veinte a cuarenta. En el prólogo al libro Rodó: su americanismo, de la biblioteca de Marcha

(1970), o en el artículo "Del mito Ariel al mito anti-Ariel" (1977), tomados más o menos al azar de su amplia obra, vemos una inequívoca aprobación de sus ideas. Carlos Real de Azúa, el otro pensador cabal del 45, fue más equilibrado en la valoración de Rodó en sus agudos prólogos y estudios. En cuanto a los críticos literarios del grupo, casi todos fueron admiradores de Rodó. José Enrique Etcheverry le dedicó un fino trabajo al ensayista temprano. El agudo y exigente Emir Rodríguez Monegal fue quien lo presentó más exhaustivamente en un gran número de trabajos que luego destiló en la introducción y prólogos de las dos ediciones de las Obras completas en Aguilar; y siguió visitando (y defendiendo) a Rodó desde fuera del país, hasta su muerte. Los dos, como otros coetáneos, apro-vecharon el trabajo de archivo que había hecho Roberto Ibáñez. Mario Benedetti, el más izquierdista del grupo, defendió al idealista predecesor contra otros lectores de izquierda en su ágil y bien informado tomo para la serie argentina Genio y figura.

En realidad la versión desaprobatoria de la generación se expresó más bien al pasar: Carlos Martínez Moreno en algún fragmento de novela; Carlos Maggi en algún ensayo periodístico o en una obra de teatro. O lo ignoró más que atacó, como Ángel Rama, quien sin embargo no pudo evitar editarlo en el tercer tomo de la colección Ayacucho. Y cuando esta generación criticó en serio, como lo hizo el maestro de toda ella, Carlos Quijano, quien había sido ferviente arielista de la primera hora, reconoció que los valores idealistas que defendía Rodó seguían valiendo: así lo declaró en el editorial de Marcha de febrero de 1947 cuando la inauguración del monumento del parque, o en su adhesión a la biografía del Rodó joven, de Eugenio Petit Muñoz, en uno de los últimos números del semanario en 1974.

Creo que Rodó está en las capas profundas de la identidad uruguaya moderna: en su respeto hacia la educación; en su actitud cuestionadora de los radicalismos y en su terca defensa del derecho individual dentro de un sistema democrático plural; y en un idealismo generalizado y difícil de definir. Creo también que su obra, como intento de fijar un camino para la parte latina del continente, sigue siendo actual y valedera: la idea de la unión entre nuestros pueblos es un hito aglutinador del continente y hay pocas voces en la historia que se hayan expresado como las del trío Rodó, Bolívar y Martí, cada uno a su manera. No dijo cosas concretas sobre economía o política, pero por ello mismo creo que se hace más difícil olvidar su discurso.

—¿Existe una lectura diferente de Rodó hoy? ¿Cómo ubica su aporte en el panorama de los estudios de Rodó?

—Lo que propongo en el ensayo que envié al concurso es que hay dos cosas que hacer frente a su obra hoy. Por un lado, me parece imprescindible tener en cuenta las críticas que se le han hecho, y a eso dedico una buena parte del trabajo. Considero cuatro quejas tradicionales o recientes: la "irritabilidad" de su estilo (Carlos Fuentes); la inaplicabilidad de las ideas de Rodó a la realidad social, política y económica latinoamericana, que a menudo va acompañada por su supuesto acendrado con-servadurismo; su actitud frente a la sexualidad, habiendo sido acusado sobre todo de homofobia (y también de homosociabilidad); su falta de consideración por la población indígena de su continente. Evalúo en cada caso los trabajos más importantes que expresan los cargos respectivos, y sugiero que algunos son relativamente justos (los dos últimos) mientras que los otros, aunque recurrentes e inveterados, son bastante injustos.

Una vez desbrozado el camino, se puede reconocer entonces que hay en Rodó zonas oscuras o débiles para las que no podemos urgir su lectura. Pero hay otras para las que sigue siendo válido estudiarlo, y apunto a huellas de estos beneficios potenciales en actitudes de nuestros últimos futbolistas y en el equipo presidencial actual. Propongo que existen tres áreas en particular de la obra de Rodó que me parecen muy rescatables hoy. La primera es lo que se podría denominar "la vida sabia" o "bien vivida", que pertenece a su ética filosófica y atañe a los consejos que da a la juventud, tema central de su obra, en particular de Ariel y de Motivos de Proteo. La segunda, ya mencionada al pasar y que es digna de consideración en detalle, concierne a la identidad cultural de los pueblos, y especialmente de América Latina, para lo que son útiles sobre todo sus tempranos trabajos para la Revista Nacional y los tardíos recogidos en El mirador de Próspero. El tercer aspecto también merecedor de atención es la necesidad del pluralismo y el consenso en la dimensión social e ideológica, que puede relacionarse con los dos temas anteriores y que queda ilustrado mediante la relación de Rodó con el político más importante de la historia uruguaya y uno de los más interesantes y trascendentes del continente, José Batlle y Ordóñez. Contra él peleó y, se puede argüir, perdió en lo específico pero ganó en lo trascendental: gracias en buena medida a Rodó, el país aprendió el valor de vivir en consenso desde entonces. n

* El concurso estuvo auspiciado por la Sociedad Rodoniana y varias instituciones latinoamericanas entre las que se cuentan la Dirección de Cultura del mec y la Biblioteca Nacional. El jurado estuvo integrado por el doctor Romeo Pérez Antón, presidente del claeH y de la Sociedad Rodoniana, la doctora Belén Castro Morales, de la Universidad de La Laguna, España, y el doctor Javier Garcíadiego, presidente de El Colegio de México. El premio fue de 5 mil dólares y la edición del libro. Hubo dos menciones, una para Analía Giménez Giubanni y Nicolás Arenas y otra para Jorge Liberati.

Publicado el Jueves 29 de Marzo de 2012